

XIIIª Jornadas de Filosofía Medieval
“La realidad del Corazón en el pensamiento medieval”
Av. Alvear 1711, CABA
17–20 de abril de 2018

**«DE MOTU CORDIS. LA POSICIÓN DEL AQUINATE EN TORNO A LA
REALIDAD DEL CORAZÓN»**

RESUMEN

Este trabajo representa nuestro esfuerzo por comprender la realidad del corazón humano, tal como la concibe Santo Tomás de Aquino en su opúsculo *De motu cordis*, presumiblemente escrito durante los años 1272-1273. Y lo haremos siguiendo principalmente el desarrollo de dos autores que lo han profundizado, obviamente y además del texto fuente. Nos referimos a los estudios del Dr. Caponnetto¹ y del Dr. Alby².

Con este intento, además de adentrarnos en el pensamiento del Aquinate sobre dicho tema, buscaremos dejar en claro el contexto en el que fue escrito. Así como también cuáles fueron las posiciones dominantes de la época, a las que el Angélico se opone o, mejor decir, con las cuales debate. Una nota que merece la pena ser destacada es la alusión que haremos del texto fuente con el cual los pensadores mencionados contrastan el opúsculo del Doctor Común; puesto que hemos podido consultar la versión del *De motu cordis* de Alfredo de Sareshel (*sive Alvredus Anglicus*), en la edición de Clemens Baeumker³.

A tales efectos, presentaremos una a una las circunstancias en la que Santo Tomás redacta el opúsculo y la situación en la que se encontraba la medicina medieval. A continuación, repasaremos los argumentos principales de Angélico y del Angélico para,

¹ A. CAPONNETTO, “Prólogo”, “Nota Preliminar” y “Comentario”, en TOMÁS de Aquino, *Del movimiento del corazón*, ed. Athanasius / Scholastica, Buenos Aires 1994. Destacamos la traducción de Víctor BASTERRETCHE, de esta muy buena edición bilingüe.

² J. C. ALBY, “La medicina medieval y la filosofía tomista del cuerpo”, en *XXXII Semanas Tomistas: Filosofía del Cuerpo*, Buenos Aires, Miércoles 12 de Septiembre de 2007; consultado a través de http://www.sta.org.ar/xxxii/files/Miercoles/Alby_07.pdf

³ C. BAEUMKER, “Des Alfred von Sareshel (Alfredus Anglicus) Schrift *De motu cordis*. Texte und Untersuchungen”, en *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, Band XXIII, Heft 1-2, Münster 1923.

finalmente, concluir mostrando las diferencias entre las posturas en cuestión y, respecto de ella, las particularidades de la sostenida por el Doctor Común.

INTRODUCCIÓN

Lo primero que debemos decir es que, gracias al lema del presente congreso, tuvimos la oportunidad de profundizar en un texto de Santo Tomás que nos resultaba desconocido, no en cuanto a su nombre, pero sí en su contenido. Lo que nos llevó a reflexionar sobre la importancia de seguir los lemas que cada vez se nos proponen.

Es cierto que, por cuestiones de tiempo, conveniencia, facilidad, costumbre, o lo que fuere, muchas veces terminamos escribiendo y presentando temas relacionados al que nos viene ocupando en investigaciones precedentes. Y que dedicarnos a escribir sobre nuestro tema o autor en relación al que se nos propone, (rara vez en sintonía), supone un esfuerzo que no siempre estamos en condiciones de realizar. Es que entre tantas exigencias para llevar en buen grado el desarrollo y progreso de la carrera académica, cada paso extra requiere un gran gasto de energía.

Pero precisamente por todo esto, rescatamos la intención del lema (cuyo mecanismo de elección nos resulta desconocido), porque tiene el valor de proponernos entender mejor un autor que, por ejemplo, nos resulta familiar en un argumento y en otro no; a la vez que nos posibilita descubrir la novedad, cercanía o discrepancia, de nuestro tema y autor en relación a otro, o –por qué no– el abordaje que algún colega realice sobre lo mismo.

Hecha esta observación, prosigamos con nuestro cometido: profundizar en el *De motu cordis* del Doctor Angélico.

1. EL CONTEXTO

El gran contexto en el que se desenvuelve este opúsculo es el de la medicina medieval. Pero claro, los matices con que debemos ilustrar tal expresión (a saber, “medicina medieval”) son tantos como los aplicables al período “Edad Media”.

En su *Comentario* al *De motu cordis*, el Dr. Antonio Caponnetto escribe a este respecto:

«La historia de la medicina medieval comprende un extenso período que va desde el siglo V al siglo XV, aunque semejante periodización ha de ser

entendida con ciertas reservas. En efecto, en el transcurso de esos mil años comprendidos entre las fechas apuntadas, es posible observar tantos acontecimientos religiosos, culturales, políticos y sociales que se entrecruzan, enlazan y superponen, tantos cambios de frente y tantas transiciones que nadie se atrevería a sostener que la expresión “medicina medieval” responda a una realidad unívoca o simplemente lineal»⁴.

Y resuelve que para su trabajo restringirá «la noción de medicina medieval a la configuración histórica que asume aquella ciencia en la época en que Santo Tomás escribe *De motu cordis*»⁵. Anotación que tomamos también para nuestra presentación:

«La adquisición del “nuevo” Aristóteles, así como de Hipócrates y Galeno, tanto como la estrecha relación de la medicina con la filosofía de la naturaleza, fueron configurando al médico medieval que llegó a ser no un mero práctico del arte de curar, sino un genuino “físico”, es decir, un conocedor profundo de la naturaleza. La práctica y la teoría de la medicina del siglo XIII no se entienden adecuadamente sin su íntima referencia a la filosofía natural y a la antropología que surgen del encuentro de la Antigüedad con el Cristianismo. Para el médico medieval, el hombre es un “microcosmos” o mundo pequeño, resumen y síntesis de todo el universo»⁶.

Este mismo hecho, lo pone de relieve J. C. Alby cuando analiza el prestigio que la medicina había adquirido en el siglo XIII a causa del redescubrimiento de las obras aristotélicas.

«Cimentada sobre la triple herencia de Hipócrates, Galeno y Aristóteles, la medicina medieval estaba fuertemente ligada a la filosofía y a la teología, y un vínculo privilegiado entre tales disciplinas lo constituyó el breve opúsculo que Tomás escribió haciéndose eco de una *disputatio* vigente en la atmósfera intelectual de su tiempo, concerniente al movimiento del corazón. Se trata del *De motu cordis*, verdadero tratado de fisiología cardíaca en el cual defiende el carácter natural y no violento del movimiento del corazón, oponiéndose al médico Alvredus de Sareshel, más conocido como Alvredus Anglico, quien sostenía exactamente lo contrario en sus clases magistrales de las aulas de París en el siglo XIII»⁷.

Con estas referencias, podemos acercarnos al contexto y delinear el problema del opúsculo que nos ocupa. Pasándolo en limpio:

⁴ A. CAPONNETTO, “Comentario...”, p. 68.

⁵ *Ibidem*, p. 68.

⁶ *Ibidem*, p. 72.

⁷ J. C. ALBY, “La medicina medieval...”, p. 1.

De un lado, el apogeo de la medicina en medio del redescubrimiento de las obras aristotélicas; del otro, los debates que se sostenían en las altas casas de estudio en torno la naturaleza del movimiento del corazón.

A su vez, el problema de la naturaleza y la causa del movimiento del corazón, manifiesta la estrecha relación de la medicina con la teología y la filosofía.

Este opúsculo sirve, entonces, para evidenciar el modo en que el Angélico toma nociones aristotélicas para resolver la disputa, mostrando una acabada “filosofía cristiana del cuerpo” (J. C. Alby) en medio de un debate que ocupaba los altos claustros académicos.

En este contexto, el principal personaje fue Galeno, quien –afirma el Dr. Alby– heredó, entre otras, dos “preclaras nociones hipocráticas” que influyeron en la medicina medieval: «la concepción de hombre como “microcosmos” y la enfermedad como proceso»⁸.

El hombre como “microcosmos” supone una armonía entre cada hombre particular y la *physis*; es decir: lo que rige toda la realidad, rige también a todos los hombres. Doctrina sobre la que no nos interesa detenernos demasiado, pero diremos algo al respecto, visto que la hemos traído a colación.

Esta teoría postula que, al ser considerado el hombre como un microcosmos – mundo en pequeño– posee los mismos principios (lo seco, lo húmedo, lo caliente y lo frío) que el cosmos total –macrocosmos– y está constituido de sus mismos elementos (tierra, agua, aire y fuego). Además del *logos* que ya hemos nombrado.

La segunda de las ideas dominantes en la medicina galénica, concebir la enfermedad como un proceso, llevó a pensarla no como algo «que sobreviene al hombre desde fuera de su organismo, sino que se trata de un desequilibrio interior, una *diskrasía* o “mala mezcla” de humores, que se opone precisamente a la *eukrasía* o “buena mezcla”, noción fundamental en la definición de salud como equilibrio»⁹.

Refiere J. C. Alby que esta concepción condujo a los médicos a elaborar diferentes teorías acerca de las causas que provocan la enfermedad:

«En consecuencia, podemos advertir que cuando apareció Galeno, coexistían tres explicaciones distintas acerca de la causa de la enfermedad, vinculadas a los tres estados de la materia. Los atomistas centraban su atención en el aspecto sólido del cuerpo, los humoralistas en el líquido y los neumáticos en el gaseoso. Los médicos medievales continuarán casi sin cambios en el

⁸ *Ibidem*, p. 2.

⁹ *Ibidem*, pp. 3-4.

surco abierto por las ideas galénicas de “elementos primarios”, “cualidades” y “humores”»¹⁰.

Tal es la situación en la que se dará la disputa sobre el movimiento del corazón, hecho que originará la obra del Aquinate que tratamos.

2. POSICIONES: *DE MOTIBUS CORDIUM*

El plural de este apartado responde a que hemos querido poner de manifiesto que son dos las posiciones en torno al movimiento del corazón, y ambas han sido expuestas en dos tratados de idéntico nombre: *De motu cordis*. Uno, pertenece a Tomás de Aquino; otro, a Alvredus de Sareshel, llamado también Afredus Anglico.

Aparentemente, el Angélico responde a un pedido del maestro Felipe de Castro Caeli respecto de la naturaleza del corazón. En efecto, Felipe es el destinatario según el título con el que nos llega la obra del Doctor Común: «*De Motu Cordis ad magistrum Philippum de Castro Caeli*».

«¿Quién era Felipe de Castro Caeli? De acuerdo con lo establecido por el ya citado P. Mandonnet, Castro Caeli (Castrocielo) era una comuna contigua a la ciudad natal de Santo Tomás, Roccaseca. Felipe fue profesor de medicina en la Universidad de Bologna, y después, en la Universidad de Nápoles (1272-1274) al mismo tiempo que Santo Tomás ejercía los últimos años de su magisterio en esa ciudad. No es este el único opúsculo dedicado a Felipe por el Aquinate; también el *De mixtione elementorum* lleva el mismo destinatario. Probablemente ambas obras hayan sido escritas a pedido del propio Felipe»¹¹.

Lo mismo atestigua J. C. Alby, adentrándose un poco en otras cuestiones del opúsculo:

«Con este opúsculo redactado entre 1272 y 1273, Santo Tomás brinda una medulosa respuesta sobre el origen y naturaleza del movimiento del corazón formulada por su amigo Felipe de Castrocielo, médico catedrático de las universidades de Bologna y de Nápoles con quien probablemente compartió sus últimos años de magisterio en esta ciudad»¹².

Pero también Anglico escribe su *De motu cordis*, y lo dedica a su maestro:

¹⁰ *Ibidem*, p. 4.

¹¹ A. CAPONNETTO, “Nota preliminar...”, p. 19.

¹² J. C. ALBY, “La medicina medieval...”, p. 4.

«Este tratado fisiológico, compuesto hacia el 1217 y dedicado por su autor a su maestro Alejandro Neckam, formó parte del currículo de medicina de los estudiantes de la época. Se supone que Alvredus Anglico debió enseñar medicina durante largo tiempo en París»¹³.

Muy poco se sabe respecto de Alexander Neckam, también conocido como Alexander of St. Alban's (Alexander de Sancto Albano). Para conocer un poco más sobre la persona homenajeada por Alfredo Sareshel, recurrimos al *Prefacio* con el que Thomas Wright introduce la edición de dos textos atribuidos al destinatario del opúsculo.

Antes de poner aquí alguna referencia a Alexander, clarifiquemos por qué hemos dicho que podría parecer más un homenaje antes que un destinatario.

La diferencia entre la dedicatoria del Angélico y la de Anglico, radica en que el primero escribe en respuesta a un pedido –de Felipe– y la del segundo nos parece una dedicatoria del tipo *in memoriam*, puesto que el año de publicación del *De motu cordis* de Alfredo, coincide con el año de muerte de Alexander: «*Neckam was elected abbot of Cirencester in 1213. We have it also upon equally good authority that he died at Kempsey, near Worcester, in 1217, and it is said that, by direction of his friend the bishop, he was buried in Worcester Cathedral*»¹⁴. Ahora sí, digamos algo respecto del destinatario de la dedicatoria.

*«Alexander Neckam was certainly one of the most remarkable English men of science in the twelfth century; yet, as is the case with so many of the distinguished men of the middle ages, all we know of his personal history is derived from a few allusions of his own, and from a very small number of brief statements scattered through the pages of writers of somewhat later date»*¹⁵.

Thomas Wright recoge, además, la siguiente información: Alexander fue educado en la abadía de St. Alban, donde nació en septiembre de 1157 (razón por la cual también es conocido como Axander de Sancto Albano). Por su gran capacidad intelectual rápidamente le confiaron la dirección de una escuela dependiente de la Abadía de San Albano, en Dunstable. A partir de entonces su carrera académica se sucede vertiginosamente: en 1180 ya era profesor en París, (donde permanece hasta 1186), a la vez que profundiza sus estudios en gramática, retórica, derecho civil y canónico, y medicina; además de dedicarse al estudio de los textos bíblicos y su crítica. Luego de

¹³ A. CAPONNETTO, “Comentario...”, p. 74.

¹⁴ T. WRIGHT, *Alexandri Neckam, “De naturis rerum libri duo”*. With the poem of the same author, “*De Laudibus Divinae Sapientiae*”, Longman, London 1863, p. xii.

¹⁵ *Ibidem*, p. ix.

algunos años de docencia y viajes, decide entrar en el monasterio Agustino de Cirencester, donde fue electo abad en 1213 y finalmente morirá en 1217.

Dicho esto, reparemos en lo siguiente: Santo Tomás escribe su opúsculo entre 1272-1273 y lo dedica a Felipe de Castro Caeli, período en el que, acorde señala Caponnetto, el profesor de medicina se encontraba dictando clases en la Universidad de Nápoles (1272-1274). Alvredus redactó y dedicó a su maestro el opúsculo homónimo hacia 1217, al tiempo que enseñaba en París.

Es fácil concluir, entonces, la vigencia, actualidad y universalidad que gozaba el tema si tomamos en referencia tanto los años de composición (1217 y 1272) cuanto los centros de estudios (París y Nápoles). Y la distancia entre ellos (París, 1217; Nápoles, 1272) podría servir también para poner de manifiesto la lontananza entre ambas posiciones médico-filosóficas. Repasemos ambas.

2.1. Liber magistri Alvredi de Saresel ad magistrum magnum Alexandrum Nequam de motu cordis

Este es el título con el cual Clemens Baeumker trae el texto de Alfredo en su aporte a la historia de la filosofía medieval¹⁶.

Debido a su extensión, el escrito bien merecería el nombre de libro antes que de opúsculo, pues se compone de dieciséis capítulos más un prólogo. Como habíamos dicho, este escrito es precisamente un estudio médico del corazón, que incluye consideraciones anatómicas y cardiológicas y se evidencian en los títulos de los diferentes capítulos que lo componen; nos interesan –especialmente y entre el resto– los siguientes:

«Capitulum IV. De positione cordis. Capitulum V. De instrumentis motus cordis. Capitulum VI. Qualiter fiat motus cordis. Capitulum VII. De causis motus cordis. [...] Capitulum IX. De specie motus cordis»¹⁷.

En el último de estos capítulos encontramos compendiada la posición a la que el Aquinate se opone. Alfredo de Saresel escribe en los incisos §§5-7 del noveno capítulo (*De specie motus cordis*):

¹⁶ C. BAEUMKER, “Des Alfred von Saresel (Alfredus Anglicus) Schrift *De motu cordis*. Texte und Untersuchungen”, en *Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, Band XXIII, Heft 1-2, Münster 1923.

¹⁷ *Ibidem*, vid. “Inhaltsangabe”, p. XIX.

«5. [...] *Motus igitur cordis naturalis non est.*

6. *Violentum vero dicimus, cuius exterius est principium, nihil conferente vim passo. Cor autem dilatatur spiritus et aër ad circumferentiam ducens. Est autem compactae et ponderosae substantiae. Extrinseco igitur principio, contra quam exigit solidi natura, movetur. Is vero motus violentus est. – Quem tamen naturalis causa inducit, calor scilicet aërem et sanguinem distendens. Sic enim fumus fuliginem elevat ascendens ; sic fax ardens ignem deorsum ducit, et castaneas nucesque vapor calore distentus exagitat; omnemque fere motum, tam animale[m] quam naturale[m], violentus comitatur implicitus»¹⁸.*

Decíamos que aquí encontramos resumido el pensamiento de Ánglico: el movimiento del corazón no es natural sino violento, cuyo principio y causa, es extrínseco¹⁹. Veamos la del Angélico.

2.2. *De motu cordis ad magistrum Philippum de Castro Caeli*

Una de las novedades de este opúsculo, es la sutileza que Alby advierte respecto del modo en que el Aquinate invierte una analogía utilizada por Maimónides, para quien «el **cielo** es en el *universo* como el **corazón** en el *animal*, cuyo movimiento, si cesara por un momento, sería causa del fin de la vida del cuerpo». Santo Tomás cambia el lugar de los términos en la analogía expresándose así:

«Ahora bien, la forma más noble en las realidades inferiores es el alma, la cual se acerca muchísimo a la semejanza del principio del movimiento del cielo; por lo que también el movimiento que se sigue de ella es muy semejante al movimiento del cielo: en efecto, el movimiento del **corazón** en el *animal* es como el movimiento del **cielo** en el *mundo*»²⁰.

De esta inversión señalamos lo siguiente:

En primer lugar, el Aquinate, al poner en el centro de referencia al hombre, y no al mundo, explicita el «carácter nobilísimo del alma entre las realidades inferiores»²¹.

Además, pone de manifiesto otras dos nociones: «la de hombre como microcosmos y del alma como motor, las cuales nos llevan directamente a la unidad sustancial de aquella con el cuerpo, siendo el corazón órgano intermedio entre ambos»²².

¹⁸ *Ibidem*, vid. “Cap. IX. De specie motu cordis”, §§ 5-7, pp. 36-37, [el subrayado es nuestro].

¹⁹ Cfr. todo esto con A. CAPONNETTO, “Comentario...”, p. 75. Allí el autor analiza, también, otros puntos de este mismo capítulo nueve que aquí trajimos.

²⁰ J. C. ALBY, “La medicina medieval...”, p. 5, [los subrayados son nuestros].

²¹ *Ibidem*, p. 5.

²² *Ibidem*, p. 5.

De lo cual se seguirá, pues, su posición a favor del carácter natural y no violento del movimiento del corazón. Sobre lo primero (movimiento natural) escribe: «*Sic igitur et cum motus ómnium aliorum membrorum causentur ex motu cordis, ut probat Aristotiles in libro De motu animalium motus qui est cordis est naturalis*»²³. Y también:

*«Dicunt autem quidam hunc motum naturalem esse non ab aliqua particular natura intrínseca animali, sed ab aliqua natura uniuersali uel etiam ab intelligentia. Sed hoc ridiculum apparet. In omnibus enim rebus naturalibus proprie passiones alicuius generis uel speciei aliquod principium intrinsecum conquntur, naturalia enim sunt quórum principium motus ipsis est; nichil autem est magis proprium animalibus quam motus cordis, quo cessant perit eorum uita: oportet igitur inesse ipsis animalibus aliquod principium huius motus»*²⁴.

Sobre lo segundo (no violento):

*«Dicere autem motum cordis esse violentum est omnino extra rationem; manifeste enim hoc motu subtracto moritur animal: nullum autem uiolentum conseruat naturam. Videtur quidem igitur hic motus máxime naturalis esse, uita enim animalis et hic motus inseparabiliter consequuntur»*²⁵.

Hasta aquí, entonces, la posición del Aquinate sobre el contrapunto en torno a la naturaleza del movimiento del corazón. Avancemos hacia el último punto de nuestro trabajo.

3. CONSIDERACIONES FINALES

Como señala M. Caponnetto –en el “Prólogo” del libro que ya hemos citado– Santo Tomás habla aquí como un filósofo de la naturaleza (cfr. pp. 14-15), y de este estudio es posible educir algunos de los principios que hemos puesto de manifiesto, y que repetimos. El problema es el de la naturaleza y la causa del movimiento del corazón. Para abordarlo, el Aquinate asume como “marco teórico” la Física aristotélica.

Frente a la postura que sostenía que el movimiento del corazón no es natural puesto que su principio es extrínseco, y por ello es violento –cuyo principal representante fue Alfredo de Sareshel–, Santo Tomás argumenta lo contrario: que es natural y no es violento.

²³ TOMÁS de Aquino, *Del movimiento del corazón*, ed. Athanasius / Scholastica, Buenos Aires 1994, p. 38.

²⁴ *Ibidem*, pp. 28-30.

²⁵ *Ibidem*, p. 28.

Para justificar que es natural, recurre a Aristóteles (*Física*, l. 8, c. 4); y demuestra además que el movimiento responde a un principio intrínseco, según el cual el cuerpo está animado por un alma. Y expone que son naturales también los movimientos cardíacos, aparentemente contrarios, puesto que por su accionar mantienen la vida.

En este sentido, el Angélico demuestra una mejor intelección de la doctrina aristotélica en general, puesto que ha podido resolver el problema sin distanciarse sustancialmente del Estagirita. Y sin cisuras, también logra una acabada filosofía cristiana del cuerpo, como bien ha señalado J. C. Alby en el trabajo al que nos hemos referido. Es decir que también aquí el Aquinate toma la enseñanza de Aristóteles y la completa, elevándola con los principios de la filosofía cristiana y en relación a la Revelación. Y lo hace al remarcar la superioridad del alma humana respecto de las realidades inferiores. A esto aludimos cuando hablamos de la teoría que entendía al hombre como un microcosmos y que, nuevamente, el Doctor Común privilegia sobre el resto de los microcosmos y el macrocosmos.

Digamos, para finalizar, que el *De motu cordis* del Santo Doctor incluye otros aspectos que no hemos tratado aquí, pero que servirán a toda persona que desee comprender el modo en que el Angélico leyó a Aristóteles en temas no tan comunes ni usuales en los ámbitos académicos.

Nosotros mismos volveremos sobre ellos.

Nicolás A. Lázaro
CONICET – UNR – UCSF